

zaga de que el 12 de julio se anunciaría la renuncia oficialmente; y como el emperador y su ministro de Negocios extranjeros solían recibir noticia de todos los telegramas políticos dirigidos á periódicos y hombres de Estado, supieron también á mediodía del 12 de julio, antes que el embajador español, el contenido del telegrama dirigido desde Sigma- ringen.

Un telegrama dirigido confidencialmente por Gramont á Benedetti á la una y cuarenta minutos de aquel día, revela cómo el emperador y su ministro pensaban proceder cuando recibirían oficialmente la renuncia del candidato; porque en este telegrama confidencial decía Gramont á Benedetti: «Emplee usted toda su habilidad y hasta su destreza para hacer constar que la renuncia del príncipe de Hohenzollern le ha sido anunciada, comunicada y entregada á usted por el rey de Prusia ó por su gobierno. Esto es para nosotros de la mayor importancia. La cooperacion del rey ha de ser confesada por él mismo, cueste lo que costare, ó ha de resultar de los sucesos de una manera palpable (1).» Esta instruccion supone el conocimiento del texto completo del telegrama y la intencion premeditada de no considerar la renuncia como una solucion de la complicacion. Los demás ministros ignoraron el acuerdo que sobre esto hubo entre el emperador y el duque de Gramont, y difícilmente pudo haber sabido nada de ello Emilio Ollivier, pues de otro modo sería incomprendible su comportamiento en la cámara cuando tuvo conocimiento del telegrama. Sobre esto tenemos el testimonio del diputado Thiers.

Thiers había aprovechado desde cuatro años antes todas las ocasiones para pronunciar continuamente el mismo discurso con algunas variantes y siempre con las mismas seguridades de que solo quería la paz y nada mas que la paz; pero al propio tiempo contribuyó mas que ningun otro á imbuir en los ánimos la idea de que la guerra era necesaria para sacar á la Francia de su humillacion y de que no debía aplazarse ni un instante tan luego como se estuviese medianamente seguro del éxito militar. Aun en la sesion del 30 de junio, hablando de los armamentos del mariscal Niel, cuya ley de organizacion militar del 1.º de febrero de 1868 había calificado de fiasco completo, se expresó en un tono como si esta ley hubiese hecho invencible á la Francia; y sin embargo, á la sazón, cuando se estaba al borde de la guerra y solo se necesitaba una palabra para tenerla, se mostró enteramente cambiado; se transformó repentinamente en defensor de la paz, maldiciendo la declaracion del 6 de julio y afirmando que en la conducta de los ministros no se descubría mas que imbecilidad y sinrazón. A su contrario de otro tiempo, Ollivier, que se había cambiado en sentido contrario, dirigió palabras de desaprobacion y de censura, pero Ollivier no hizo caso de ellas. Todavía por la noche del 11 de julio había dicho Ollivier á Thiers que aceptaría la renuncia del príncipe de Hohenzollern con grandísima alegría, como otro don de la fortuna; y cuando Thiers entró al día siguiente en la cámara, fué Ollivier á su encuentro y le dijo: «Usted ha tenido razón: hemos vencido; hemos conseguido lo que deseábamos, á saber, la paz.»

Ante la comision de informacion parlamentaria refirió Thiers que la alegría del señor Ollivier había sido en reali-

(1) Así dice el texto original del telegrama, según Gramont, página 103. Benedetti lo reproduce suprimiendo las palabras «hasta su destreza,» y poniendo al final en lugar de: «de una manera palpable,» «de una manera suficiente.» Gramont se lamenta en su obra amargamente de que Benedetti haya publicado esta instruccion, que estaba destinada á quedar secreta y que como otras se dirigen únicamente á los agentes para iniciarlos en el espíritu según el cual deben proceder. Este espíritu se ha hecho, pues, público, y esto es lo que siente Gramont.

dad extraordinaria y espontánea, y añadió que delante del palacio del cuerpo legislativo había parados doscientos coches con gente de la Bolsa para saber si habría paz ó guerra, ó sea alza ó baja. Se les habían agregado periodistas, y toda esta multitud llenaba las cercanías de la cámara, tanto que era difícil pasar. «El señor Ollivier, muy contento, me preguntó si había leído el despacho que habían recibido, y á mi contestacion negativa, dijo: «Yo se lo enseñaré;» mas para conseguirlo hubimos de atravesar todas las salas. Cuando al fin Ollivier me lo dió á leer, le dije despues de leerlo: «Ahora sí que se mantendrán ustedes quietos;» y él me respondió: «No pase usted cuidado, ahora tenemos la paz y no se nos escapará.»

Despues de esta corta conversacion, Thiers entró en el salon en el cual están los bustos de Bailly y de Mirabeau, y donde vió á todos alborotados sin dejar oír una palabra. Todos los jefes del partido bonapartista estaban voceando contra los ministros; y cuando se les decía que los ministros estaban satisfechos con la concesion conseguida, gritaban: «¡Miserables, cobardes! ¿Cómo pueden contentarse con semejante resultado mezquino? Si lo aceptasen, quedaría deshonrada la Francia, que no lo soportaría.» Esto y otras cosas por el estilo dijeron á los ministros cuando se presentaron. Los miembros de los centros, en mucho mayor número que los bonapartistas puros, se mostraron intimidados; deseaban la paz y no lo ocultaban, y Thiers dijo á los ministros: «No se dejen ustedes intimidar también por estos voceadores. Manténganse ustedes firmes; defiendan ustedes la causa de la paz y nosotros les apoyaremos vigorosamente.» A otros diputados había dicho Ollivier: «Nunca hemos pedido mas que la renuncia del príncipe de Hohenzollern; nuestras negociaciones con la Prusia nunca han tenido que ver, como se ha dicho, con la paz de Praga. Se ha retirado la candidatura del príncipe de Hohenzollern y asunto concluido (2).»

No se dice la hora en que ocurrió esta escena, pero debió de ser al principio de la sesion, es decir, entre una y dos de la tarde. Lo que se sabe con seguridad es que una hora despues el duque de Gramont, en el despacho del ministerio de Negocios extranjeros y en amistosa conversacion con el embajador de Prusia, pronunció la palabra que acabó con la última esperanza de conservar la paz. A las diez de la mañana de aquel mismo día 12 de julio habían llegado de Ems el citado embajador y el baron de Bourqueney, y poco despues el duque de Gramont había enviado á preguntar al primero si podía pasar aquel mismo día á verle. El embajador accedió al instante, y fué recibido por el ministro entre las dos y media ó las tres menos cuarto de la manera usual y amistosa. La conversacion giró naturalmente alrededor de la queja del emperador con motivo de la autorizacion dada por el rey Guillermo á la candidatura Hohenzollern. El embajador prusiano contestó que el rey no había podido imaginar que la candidatura del príncipe, nieto de una sobrina de Murat y de consiguiente pariente del emperador, hubiese podido ser recibida tan mal en Francia. La conversacion hacía poco que duraba cuando se hizo anunciar el embajador español Olózaga, el cual solicitó ser recibido inmediatamente con motivo de una comunicacion urgente y de la mayor importancia.

El duque manifiesta en su libro ya citado que el uso diplomático no consiente interrumpir una entrevista con un embajador; pero que en atencion á la influencia que la anunciada comunicacion podía ejercer probablemente sobre la negociacion con la Prusia, suplicó al embajador de esta potencia que pasase á un salon inmediato, á lo cual el baron de

(2) Darimon: *Histoire d'un jour*, pág. 58.

Werther accedió gustoso (1). Entró, pues, Olózaga y entregó el telegrama del príncipe Antonio de Hohenzollern, congratulándose vivamente de esta solucion, que consideraba en gran parte obra suya, mientras Gramont creía «que una renuncia en esta forma, muy léjos de ser propicia, complicaba el asunto de la manera mas grave.» Así cuando volvió á recibir al embajador de Prusia, dijo que la renuncia del príncipe de Hohenzollern era cosa secundaria, puesto que su subida al trono tampoco la hubiera consentido Francia, y que temía que de la conducta de Prusia resultara entre ambos países una desavenencia verdadera, cuyo germen era necesario extirpar. Para esto debía á su parecer buscarse un medio de comun acuerdo, y citó como uno muy á propósito una carta del rey al emperador, apelando al noble corazón de su majestad, que le inspiraría de seguro acertadamente, en cuya carta se dijera que el rey, al autorizar al príncipe Leopoldo para aceptar la corona de España, no había creído herir ni los intereses ni la dignidad de la nacion francesa, y que se adhería á la renuncia del príncipe con el deseo y la esperanza de que con esto desaparecería todo motivo de desavenencia entre ambos gobiernos. Añadió que dicha carta podría contener estas ú otras expresiones semejantes, cuya publicacion sería propia para acallar el espíritu del pueblo, pero que recomendaba que no se hablara en ella de las relaciones de parentesco entre el príncipe y el emperador, porque esto produciría una impresion funesta (2).

El duque de Gramont, no contento con indicar verbalmente el contenido de la carta que había de escribir el rey de Prusia, hizo en presencia del embajador un borrador de esta carta, que se llevó el embajador y que se conserva todavía. El embajador contestó á esta proposicion inaudita que se había dificultado semejante paso extraordinariamente á causa de su declaracion del día 6 hecha en la cámara de diputados, porque contenía indicaciones que debían ofender profundamente al rey de Prusia. A esto contestó el duque que en aquella declaracion no se nombraba á la Prusia y que había sido del todo necesaria para calmar la agitacion de la cámara.

El embajador, que encontró muy difícil semejante carta, en lugar de encontrarla imposible, porque era deshonrosa, no contestó al duque como debiera haber contestado cuando el duque le empezó á hablar de la renuncia del príncipe tratándola como un punto enteramente indiferente, cuando había sido lo que había solicitado de la prudencia del pueblo alemán y de la amistad del pueblo español. El embajador debería haber hecho notar esto al ministro francés y haberle hecho responsable de todas las consecuencias.

Lo que no tuvo el talento de decir el embajador prusiano lo dijo al duque el embajador inglés lord Lyons, el cual se presentó en el despacho tan luego como se hubo marchado su colega prusiano. El ministro francés dijo al embajador inglés que el telegrama de la renuncia le ponía en un grandísimo compromiso; que la opinion pública en Francia estaba tan excitada que si declaraba en la cámara que el asunto estaba concluido sin haber obtenido de la Prusia una satisfaccion que hiciera desaparecer la causa primera de la desavenencia, caería inmediatamente el gabinete; que España de todos modos había salido de la contienda, y que si contienda quedaba era solo entre la Prusia y la Francia.

Entonces le dijo el embajador inglés que le causaba sorpresa y sentimiento el ver que el gobierno francés vacilaba un instante en considerar la renuncia del príncipe como con-

(1) Informacion parlamentaria, tomo I, pág. 100.

(2) Informe del señor de Werther del 12 de julio, reproducido en el diario de Hirth, tomo I, pág. 68.

clusion de todo el asunto, y recordó las seguridades formalísimas que el duque le había dado para el gobierno inglés de que si el príncipe renunciara á su pretension, quedaria todo concluido; que con esta renuncia había cambiado completamente la situacion de la Francia, y si estallara una guerra diría toda la Europa que toda la culpa era de la Francia, que la Francia se había lanzado á una guerra sin motivo sério, solo por soberbia y venganza. Una de las ventajas de la situacion primitiva de la Francia había sido que la contienda había girado alrededor de un suceso secundario que no hería ni las pasiones ni los intereses de Alemania, y á la sazón la Prusia podía contar con la cooperacion de toda la Alemania para rechazar un ataque causado únicamente por la mala voluntad y los celos de la Francia y por su intencion apasionada de humillar á sus vecinos. «En verdad, añadió el embajador, la Francia tendrá contra sí la opinion de todo el mundo y su contrario tendrá la ventaja de verse evidentemente obligado á defenderse y rechazar un ataque extranjero. Aunque en el primer momento la cámara y el país sintieran algun despecho, no tardaría el ministerio en tener de su parte la opinion pública contentándose con su triunfo diplomático, en vez de precipitar al país en una guerra para la cual no podía alegar ningun motivo justo.»

Esto era todo innegable y Gramont no pudo contradecirlo; solo dijo que el consejo de ministros tomaría una decision definitiva al día siguiente y que ésta sería comunicada inmediatamente á la cámara (3). Si esto mismo en estas ú otras palabras hubiese dicho al duque el embajador de Prusia, habría causado impresion y no se habría atrevido á pedirle la humillante carta que le pidió. Durante la conversacion con el embajador prusiano fué anunciado el ministro Ollivier y el duque suplicó como la primera vez al embajador de Prusia que aguardase un rato, al cabo del cual volvió con Ollivier. Este, enterado ya por Gramont, cambió completamente de actitud y recomendó al embajador con mucho calor que consiguiese aquella carta del rey. La noticia que había llevado á Ollivier al despacho del ministro era que en la cámara el diputado Clemente Duvernois había anunciado en su nombre y en el de sus amigos (bonapartistas) una interpelacion al gabinete imposible, porque era deshonrosa, no pedido ó pensara pedir para evitar la repeticion de complicaciones con la Prusia. Respecto de estas garantías dijo el duque que los ministros habían contestado que si el embajador de Prusia se negaba á proponerlas y recomendarlas á su soberano, encargarian de esta mision al conde de Benedetti. Además pidieron al embajador que telegraficara respecto de la carta á su soberano, lo cual el embajador no creyó necesario, como dijo en su comunicacion, sin considerar que el conocimiento de semejante proposicion podía ser muy importante para el rey en su conducta enfrente de Benedetti.

Gramont dice en su obra que el embajador prusiano se retiró poco mas ó menos á las tres y media para redactar su comunicacion sobre la entrevista celebrada, y el duque y Ollivier quedaron convencidos de sus intenciones sinceras á favor de la paz, pero con poca confianza en el resultado favorable de sus esfuerzos.

Despues de la entrevista se dirigió Gramont á Saint-Cloud para ver al emperador, el cual entretanto había sido informado de la mocion de Duvernois. Por resultado de la conferencia de Gramont con el emperador, el ministro, á su regreso á Paris, dirigió á las siete de la tarde á Benedetti el siguiente telegrama:

(3) Véase la comunicacion de Lyons á Granville del 12 de julio de 1870 en Angeberg: *Recueil*, tomo I, pág. 99.

«Acabamos de recibir de manos del embajador de España la renuncia del príncipe Antonio, en nombre de su hijo Leopoldo, á la candidatura al trono español. A fin de que esta renuncia del príncipe Antonio produzca todos sus efectos, parece necesario que el rey de Prusia se adhiera á ella y nos dé la seguridad de que no consentirá de nuevo esta solicitud. Sírvasse usted ver inmediatamente al rey para pedirle esta declaracion, que no puede negarse á dar si no tiene segundas intenciones. A pesar de la renuncia, que es ahora conocida, es tan grande la excitacion de los ánimos, que no sabemos si conseguiremos dominarla. Haga usted de este telegrama una copia modificada para que la pueda comunicar al rey. Conteste usted tan pronto como le sea posible.»

Una carta que el emperador escribió á Gramont despues de su partida de Saint-Cloud, y que éste recibió á las diez de la noche del mismo dia, prueba que el telegrama enviado á Benedetti correspondia completamente á las intenciones del emperador comunicadas en Saint-Cloud á Gramont. Esta carta decia así:

«Palacio de Saint-Cloud, 12 de julio de 1870.

»Mi querido duque: Reflexionando sobre nuestra conversacion de hoy y repasando el despacho del príncipe Antonio, veo que nos debemos limitar á dar mayor precision y fuerza al despacho que usted quedó encargado de enviar á Benedetti, y que debemos insistir marcadamente en los puntos siguientes:

»1.° Tenemos que entendernos con Prusia y no con España.

»2.° El despacho del príncipe Antonio dirigido á Prim no es para nosotros ningun documento oficial ni nadie tenia derecho á comunicárnoslo.

»3.° El príncipe Leopoldo aceptó la candidatura al trono de España y ahora renuncia su padre.

»4.° Por lo mismo debe insistir Benedetti, conforme se le ha encargado, en obtener una contestacion categórica, obligándose el rey para en adelante á no permitir que el príncipe Leopoldo, que no se ha obligado á nada, siga el ejemplo de su hermano y pase el dia menos pensado á España.

»5.° Mientras no tengamos una comunicacion oficial de Ems, no podemos admitir que se haya hecho justicia á nuestras justas exigencias.

»6.° Mientras no tengamos esta contestacion continuaremos nuestros armamentos.

»7.° Por lo mismo es imposible que presentemos á las cámaras una comunicacion antes de estar mejor informados.

»Reciba usted, querido duque, la seguridad de mi sincera amistad.—NAPOLEON (1).»

A la misma hora del dia 12 de julio en que el emperador y el duque de Gramont convinieron en la nueva exigencia que Gramont telegrafió á las siete de la noche á Benedetti, uno y otro hicieron inevitable la guerra por su resolucio libérrima, pidiendo mucho mas que el simple concurso de la Prusia para obtener la renuncia del príncipe; y lo que habia ya sido rechazado como lo mínimo de sus exigencias, no podia menos de serlo tambien cuando se pasó de este mínimo, hasta el punto de exigir para mas adelante garantías de que no seria aceptada la corona de España por el mismo príncipe. Si Benedetti hubiese tenido la menor idea de la nueva exigencia y de que habia de servir únicamente para dar un pretexto á la guerra, no habria tenido valor para presentarla y habria comprendido todo el juego; por eso le ocultó el gobierno el encargo que habia dado al embajador prusiano.

(1) Publicada por Gramont en su obra: *La Francia y la Prusia*, página 136.

Por la mañana temprano del dia 13 de julio fué Benedetti á comunicar al rey de Prusia el nuevo encargo que á las doce de la noche habia recibido de Paris. Encontró al rey paseando cerca de la fuente, en el sitio que ahora está conmemorado por un pequeño monumento. El rey tenia en la mano un suplemento de la *Gaceta de Colonia*, en el cual un telegrama particular de Sigmaringen anunciaba la renuncia del príncipe. Benedetti le dió cuenta del telegrama oficial que Olózaga habia comunicado al ministerio de Negocios extranjeros de Paris y añadió lo siguiente, segun explica en su comunicacion á Gramont (2): que la resolucio del príncipe no tenia ningun valor para la Francia si no era aprobada por S. M.; y que además era necesario una garantía de que no se permitiria al príncipe volver al proyecto que acababa de abandonar. «Esta seguridad necesaria para restablecer la confianza, solo puede ser dada á la Francia por el rey de Prusia, y yo he sido autorizado por S. M. el emperador para suplicarle que V. M., en tal caso, prohiba al príncipe volver á presentar su candidatura.» El rey contestó que nada sabia todavía respecto de la resolucio del príncipe, pero que esperaba á cada hora la noticia de lo que hubiese, por cuyo motivo no podia dar ninguna explicacion al embajador, ni de consiguiente tampoco la declaracion que pedia. Benedetti repuso que no podia dudarse de la renuncia del príncipe en vista de la comunicacion que su padre habia dirigido al ministro español; que por lo demás se podria tratar del asunto en la suposicion de que dentro de poco la renuncia habia de ser un hecho, y de esta manera podia el rey prometer anticipadamente usar de su autoridad para impedir toda nueva tentativa en este sentido.

El rey dijo: «Usted desea que contraiga una obligacion sin fijar tiempo ni circunstancias, y yo no puedo contraerla,» y añadió que hasta tal grado no podia enajenarse su libertad de resolucio; que en todo caso tenia que reservarse el derecho de consultar las circunstancias segun las varias vicisitudes que pudiera traer el porvenir; que no tenia segunda intencion, pues ya el asunto le habia dado demasiado dolor de cabeza para no desear verlo sepultado definitivamente, pero que le era imposible ir tan lejos como se pedia.

A esto contestó Benedetti: «Podria explicarme en cierto modo que el soberano de Prusia ó su gobierno no quisieran atarse las manos para el porvenir; pero manteniéndome en el terreno en que V. M. se ha colocado, me dirijo al jefe de la casa de Hohenzollern, y como tal jefe puede V. M. aceptar seguramente y sin peligro de ninguna clase la exigencia que me han encargado presentar.» El rey, sin embargo, continuó inquebrantable; Benedetti comprendió que no lograria nada mas, y el rey puso fin á la entrevista en medio de la calle diciendo que no podia hacer esta nueva é inesperada concesion.

Esta fué la única conversacion que en aquel dia tuvo el rey con Benedetti, conversacion penosa para ambas partes, pero en la cual no se dijo una sola palabra que hubiese excedido de los mas estrechos límites de la cortesía, á pesar de la justa indignacion que debió de sentir el rey interiormente.

Hacia mediódía recibió el rey Guillermo la comunicacion de su embajador en Paris y la contestacion del príncipe Antonio de Sigmaringen; y á las dos de la tarde encargó á su edecan de servicio, el príncipe Radziwill, que dijese al conde de Benedetti que S. M., una hora antes y por medio de una carta del príncipe de Hohenzollern-Sigmaringen, habia recibido la confirmacion de lo que el conde le habia comunicado por la mañana tocante á la renuncia del príncipe

(2) En su despacho del 13 de julio, publicado en la obra de Gramont, página 376.

Leopoldo á su candidatura al trono de España, noticia que el conde habia recibido directamente de Paris, y que de consiguiente S. M. consideraba este asunto como concluido.

El conde de Benedetti replicó, sin embargo, que desde su conversacion con el rey habia recibido un nuevo despacho del duque de Gramont que le encargaba solicitase una nueva audiencia de S. M. y repetirle otra vez el deseo del gobierno francés, que era:

1.° Aprobar la renuncia del príncipe de Hohenzollern.

2.° Dar la seguridad de que tampoco se volveria á repetir esta candidatura en adelante.

A esto mandó contestar el rey, por medio del príncipe Radziwill, que aprobaba la renuncia del príncipe Leopoldo en el mismo sentido y límite en que habia aprobado su aceptacion; que habia recibido la comunicacion escrita de la renuncia del príncipe Antonio, autorizado para esto por el príncipe Leopoldo; y que tocante al segundo punto, el de la seguridad para el porvenir, solo podia referirse á lo que habia dicho aquella misma mañana al conde.

Benedetti aceptó agradecido esta respuesta de S. M. diciendo que la comunicaria segun estaba autorizado á su gobierno; pero que tocante al segundo punto, tenia que sostener su solicitud de una nueva entrevista con S. M., porque el último despacho del señor de Gramont se lo acababa de encarar expresamente, aunque no fuese sino para oír las mismas palabras de boca de S. M., tanto mas cuanto que en este último despacho se encontraban nuevos argumentos que deseaba presentar á su consideracion.

Sobre esta nueva súplica envió Benedetti á las tres y cuarenta y cinco minutos un telegrama á Paris que concluye en estos términos: «Tengo grandes motivos para suponer que no conseguiré nada en esto (1).» No anduvo errado Benedetti, á pesar de ignorar todavía la comunicacion del embajador de Prusia en Paris y la fuerza decisiva con que esta comunicacion imposibilitaba fuese continuada toda negociacion personal. A las siete de la noche Benedetti volvió á telegrafiar á Paris: «A mi solicitud de una nueva audiencia me manda á decir el rey que no podia volver á hablar respecto de las seguridades que á nuestro modo de ver debia dar para el porvenir; S. M. me manda decir que tocante á esto se referia á lo que me habia expuesto esta mañana, que es lo que en sustancia he comunicado á V. E. en mi primer telegrama de hoy y que he expuesto en una comunicacion que le enviaré mañana por la mañana. El rey ha consentido, segun me dice un enviado en su nombre, en aprobar enteramente y sin reservas la renuncia del príncipe, y dice que mas no podria hacer. Aguardo sus órdenes antes que parta yo de Ems. El señor de Bismarck no vendrá aquí; han llegado los ministros de Hacienda y del Interior.»

Lo que sorprendió en todo este suceso á Benedetti no fué la negativa del rey á su exigencia, porque esto ya lo esperaba, sino el haberse negado á recibirle personalmente, pues por la mañana le habia dicho que tan pronto como llegara el correo de Sigmaringen con la esperada contestacion le enviaria á buscar para comunicársela, y en lugar de esto se la habia comunicado por su edecan, á pesar de haber solicitado dos veces audiencia. Esto para nosotros tiene fácil explicacion sabiendo que el rey habia recibido la comunicacion de su embajador en Paris que le abrió los ojos, despues de saber con la mayor sorpresa que el emperador consideraba sin valor la renuncia del príncipe si no era aprobada explícitamente por el rey; que se le querian arrancar concesiones cada una mas imposible que la otra, por manera que si hubiese accedido á la primera, se le habria presentado acto

(1) *Mi mision en Prusia*, pág. 375.

continuo la segunda. Claro era que no podia, sin faltar á su dignidad, exponerse por mas tiempo á semejante tratamiento. Benedetti así lo comprendió cuando supo despues la relacion del embajador prusiano acerca de su entrevista con Gramont y Ollivier, y sintió profundamente que no se le hubiese presentado ocasion para contrarrestar la mala impresion que aquella comunicacion produjo en el ánimo del rey.

Por lo demás, no vió Benedetti ninguna ofensa en no haberle concedido el rey la audiencia solicitada, porque el rey le habia dado voluntariamente pruebas de complacencia desusadas en la corte de Berlin, donde, como hemos dicho ya en otra parte, no tenian los embajadores extranjeros tan fácil acceso á la persona del soberano como en la corte de Napoleon III; pues en Berlin debian solicitar las audiencias por escrito y hablar con el rey en presencia del ministro de Negocios extranjeros. Sin embargo, Guillermo habia recibido á Benedetti tres veces, el 9, 11 y 13 de julio, sin formalidades y sin la presencia del ministro, y no le recibió como jefe de la casa de Hohenzollern sino como rey de Prusia y en asuntos de gobierno, habiendo podido, sin faltar á las costumbres diplomáticas, dirigir al embajador francés al ministro. Además, Benedetti no tenia autorizacion ni poderes para concluir una negociacion, siendo simple agente, como en el mes de julio de 1866; y así como lo que decia no ligaba á su propio gobierno para nada, del mismo modo el rey estaba en su derecho de no continuar entrevistas sobre asuntos en que habia explicado completamente su modo de pensar. Por esto tampoco se dió Benedetti por ofendido ni mucho menos podia protestar contra la no recepcion, como despues supuso Ollivier. Si Benedetti hubiese solicitado audiencia para otro asunto, seguramente se la habria concedido el rey, pues que le recibió todavía el dia 14 cuando Benedetti solicitó ser recibido para despedirse antes de volver á Paris. En aquella entrevista le dijo el rey, que se habia propuesto visitar á la reina en Coblenza antes de regresar á Berlin, que podria hablarle en el salon de la estacion antes de su partida, conforme lo hizo, y á las tres y cuarenta minutos de la tarde pudo telegrafiar á Paris: «Acabo de hablar con el rey en la estacion y me ha dicho solamente que no tenia que comunicarme nada mas; que su gobierno continuaria las negociaciones que ocurrieran. S. M. me ha confirmado que su partida para Berlin tendrá efecto mañana por la mañana (2).»

Esta despedida cierra la série de pruebas de que en Ems no hubo insultador ni insultado, como dijo posteriormente muy bien Benedetti; pero en cambio hubo el famoso telegrama de Ems de la noche del 13 de julio, que inflamó á toda la nacion alemana, y que referia lo que Benedetti no habia confiado á nadie en Ems. Benedetti partió á Paris por la noche del dia 14 lleno de sombríos presentimientos, despues de haber leído todavía el citado telegrama y de haber tenido noticia de las expresiones lamentables que desde aquella noche se habian proferido al rededor del rey.

## CAPITULO VI

### LA DECLARACION DE GUERRA

En la mañana del mismo 13 de julio publicó *Le Constitutionnel* de Paris un artículo en el cual, despues de recordar la declaracion del 6 de julio, se decia: «El gobierno ha cumplido su palabra. Se ha apartado la candidatura de un príncipe aleman al trono de España, y la paz de Europa no se verá turbada. Los ministros del emperador han hablado en

(2) *Mi mision en Prusia*, pág. 387.